nillo, que habian descargado sus lechugas; dos mozos de labor de la quinta, y el viejo Melchor el hortelano: era éste un hombre de más de setenta años, pequeñito, rechoncho, limpio, y alegre como unas castañuelas.

Ninguno, empero, se habia sentado, esperando con deferencia á la anciana Cecilia, que entró, en fin, seguida de su nieta Margarita.

IV

La cena.

La anciana habia conseguido vencer la penosa emocion que se habia pintado en sus facciones al reprender á su nieta: aquella excelente mujer no habia podido dar en todo el curso de su vida una pesadumbre á nadie, mas en cambio se habia tomado muchas, como todas las personas dotadas de un gran caudal de sentimiento.

Siempre dominándose y ejerciendo, á pesar de su sencillez, un gran imperio sobre sí misma, era, no obstante la apacibilidad de sus modales y la mansedumbre de su carácter, generalmente respetada, como es respetado todo lo que es bueno y digno.

Conocíase en todo el contorno la hermosa claridad de su talento, la rectitud de su juicio, y su admirable instinto de justicia: y así el generoso perdon que daba siempre á las injurias que recibia y su constante hábito de devolver bien por mal, lejos de hacer que se la creyese débil, conseguian que todos la amasen y acla-

masen como el ejemplo de la más sólida virtud.

Cuando entró en la cocina llevaba su calceta de algodon azul, recogida en una cestita de mimbres que colgaba de su brazo izquierdo.

—Buenas noches, madre Cecilia, dijeron los dos mozos de labor, el hortelano y Marianillo.

La anciana no quería que la nombrasen de otro modo sus criados.

—Buenas noches, hijos, contestó la señora Cecilia: ¿estais cansados? ¿Teneis buen apetito?

—Excelente, madre Cecilia, contestaron uno de los mozos y Marianillo.

—Ea, á la mesa, pues, repuso la anciana, dejando la cestita de su calceta sobre uno de los bancos del fogon; á la mesa, que á Dios gracias, hay con qué quedar satisfechos.

Sentóse la señora Cecilia, y todos la imitaron.

Mas al ir á pronunciar las primeras palabras del *Benedicite*, reparó en una silla que habia quedado vacía al lado de su yerno, quien ocupaba su izquierda.

—¿Dónde está Inés? preguntó mirando hácia todas partes.

—Aquí estoy, madre, respondió una voz dulce y fresca que venia de la escalera de la cueva.

Y un momento despues entró en la cocina una jóven de fisonomía alegre y de graciosa figura.

Era Inés, la pobre huérfana recogida y edu-

eada por su abuela: podia tener diez y ocho años, esto es, dos más que Margarita, y tanto su rostro, como toda ella, formaba el más perfecto contraste con esta.

Inés, de ménos estatura que su prima, era de formas más desarrolladas y perfectas: su tez morena, se iluminaba en las mejillas con el carmin de la salud: sus ojos eran rasgados y negros como sus cabellos, recogidos en gruesas trenzas. y como sus cejas y pestañas: su boca de coral, era fresca y risueña, como un clavel á medio abrir: la redondez de sus hombros y la gallardía de su seno, hacian más notable la graciosa flexibilidad de su talle: vestia, como su abuela, una basquiña de cotonía azul; pero en vez de llevar como ella un jubon de cúbica negro, encerraba su lindo cuerpo un justillo ó corsé de mahon, primorosamente pespunteado con seda verde, por cuyas hombreras salian las mangas de su camisa, de lino, blancas como la nieve.

Un pañuelo de seda, de colores vivos y de moda antigua ya, cubria su garganta y pecho, prendido con esmero, y de modo que dejase ver una gargantilla de corales cerrada con un broche de plata.

El ancho delantal de cutí rayado de azul y blanco que llevaba Inés, y su calzado compuesto de medias azules y de zapatos de cordoban como los de su abuela, patentizaban que se entregaba al trabajo, tanto, por lo ménos, como el traje de Margarita, y sus blancas y delicadas manos, acusaban la ociosidad.

Cuando apareció en la cocina, llevaba en la mano una botella llena de vino y cubierta de polvo, como honrosa señal de su antigüedad, y un panecillo pequeño y redondo.

—¿De dónde vienes, hija mia? preguntó la señora Cecilia.

—He ido á buscar para Vd. un mollete, madre, dijo Inés, y luego á la cueva, á subir vino añejo para mi tio.

Al decir estas palabras con voz jadeante de cansancio, la muchacha colocó al lado su abuela el panecillo, y la botella delante del cubierto de Benito.

—Pero, hija, dijo éste, yo hubiera ido á buscarlo: me acuerdo que hoy has estado de lavado, y debes estar rendida.

—Y yo me he acordado, tio, de que Vd. ha llevado al molino diez talegas, y de que necesitaba beber ese vino que tanto le repara las fuerzas; en cuanto á mi abuelita, yo sé que le gusta más ese pan, y que hoy cenará mejor.

La anciana besó á Inés en la frente, y Benito dijo á media voz:

—Tú en todo piensas, en tanto que otra... Benito miró severamente á su hija, que bajó los ojos ruborizada; y Cecilia, deseosa de cortar todo motivo de desazon en la mesa, dijo á Inés: —Vamos, siéntate, hija mia; solo á tí esperábamos para rezar.

La jóven obedeció, y su abuela rezó el Benedicite, tras el cual empezó Benito á llenar los platos.

—¡Qué arroz! ¡qué arroz! exclamó el viejo Melchor, despues de algunos instantes: ¡esta Inés tiene unas manos benditas!

—Pon más arroz á Melchor, hijo mio, dijo la anciana, que vió vacío el plato del jardinero.

Benito puso otra buena racion en el plato del viejo.

En aquel momento se oyeron pasos en el patio: Turco y Pantera, que devoraban una enorme cantidad de sopas, gruñeron sordamente, y luego, como si hubieran conocido que era un amigo el que se acercaba, continuaron comiendo con tranquilidad.

—Buenas noches y buen provecho, señores, dijo una voz sonora y varonil, y un gallardo mozo entró en la cocina.

—Buenas te las dé Dios, Miguel, contestaron en coro todos los presentes, excepto Margarita.

El jóven, no obstante aquel silencio, ó quizá por no haberlo advertido, tomó una silla que colocó detrás de la que ocupaba la jóven, y se sentó con ese aire conmovido, inseparable de una verdadera pasion.

Palideció Margarita: y en vez de volverse hácia el recien llegado, inclinó aún más la cabeza sobre el plato, al cual apenas habia llegado.

—¿Estás mala? preguntó ingénuamente Miguel sin cuidarse de bajar la voz, y con esa buena fé de las aldeas, en las cuales no es un misterio el amor honrado y sincero.

—Sí... está algo mala, repuso la anciana, deseando, segun su costumbre, calmar la tempestad que veia formarse sobre la frente de Benito, quien á la sazon llenaba de patatas el plato de Marianillo.

—¿Y nada me has dicho? repuso Miguel, siempre dirigiéndose á Margarita y en tono de tierna reconvencion: ¿cómo no me lo dijiste esta mañana?

—Le dió dolor de cabeza esta tarde en el huerto, contestó por ella la anciana, que anhelaba que se concluyese la cena, pues veia que mientras permaneciesen en la mesa, ninguna distracion podia tener Benito: y dirigiéndose despues á los mozos de labor, añadió:

—Vamos, acabad, para que Miguel luzca su habilidad cantándonos una jota.

—Es verdad, dijo el tio Melchor: que cante Miguel, porque oyéndole se olvidan todas las penas.

—¡Pues qué! ¿Vd. tiene penas? preguntó Miguel, que hacia rato estaba hablando por lo bajo á Margarita, sin que ésta le diese ninguna contestacion.

—¿Ahora?...¡Pech!... Muy pocas... Casi ninguna, gracias á la buena señora Cecilia; pero no quiera Dios que sufras tú ni nadie jamás, las que yo he sufrido.

Al decir estas palabras, la risueña cara del anciano se entristeció profundamente: pasó la mano por su frente, y dijo tras algunos instantes de silencio:

—Tuve una hija... tú no lo sabes Miguel, porque yo vivia léjos de aquí, en un pueblo del otro lado del Jalon, y tú eras un muchacho entonces.

—Munca me ha contado Vd. nada de sus desgracias, Melchor, dijo la anciana escuchando con interés.

Señora Cecilia, Vd. no me habia preguntado nada... pero ahora que llega la ocasion... ¡Caramba!... bueno es desahogarse y echar una pena fuera...

—Es verdad... hable Vd., y desahogue su pecho, que está entre amigos.

—Pues bien, señora Cecilia, yo tenia una hija, que perdió á su madre al nacer... hermosa y tan buena como una santa... yo era un pobre arrendador de un señor de Madrid que tenia un hijo... y...

Ahogóse la voz del viejo jardinero, que apartó el plato colmado de ensalada, que la activa mano de Benito acababa de ponerle delante.

Conmovidos todos por su dolor, dejaron la

cena mirándole apenados: y la buena Inés, que estaba inmediata á él, y que desde la entrada de Miguel permanecia abatida y silenciosa, le dijo quedito con su dulce voz:

-¡Animo, señor Melchor!

—Pues bien, el hijo de nuestro amo engañó á mi hija, vistió á un criado suyo de cura... y á otro de sacristan, llevó como testigos á dos amigos suyos, y nos hizo creer á ella y á mí, que se habian casado!

—¡Qué infamia! exclamó Benito dando un golpe en la mesa con el puño, y mirando á su hija con chispeantes ojos.

—Tres meses despues, continuó el jardinero, y mientras yo habia ido á un viaje á la ciudad, el hijo de mi amo trató de casarse formalmente con una marquesa viuda, jóven y muy rica.

Mi hija no vivia en el palacio... bajo el pretexto de que era necesario tener oculto su casamiento hasta la mayor edad de su supuesto marido... que la persuadió de que debia seguir habitando mi pobre casita; nos daba, sí, algun dinero de vez en cuando... pero nada más... A fin de llevar á cabo su matrimonio más cómodamente, me envió á la ciudad por algunos dias... cuando volví... encontré á mi hija casi agonizando de dolor... y de hambre... Desde que supo el casamiento del que creia su marido, y su propia deshonra, se propuso morir... y lo consiguió!...

—¿Y no mató Vd. al infame, tio Melchor? preguntó Benito, llevado de su carácter impetuoso.

—¡Ni aun para eso tuve fuerzas!... dos dias despues murió mi pobre hija... y yo sufrí una enfermedad que me tuvo tres meses clavado en la cama... A no ser por algunos honrados vecinos, me hubiera muerto, porque el señor, para desembarazarse del todo de mí, habia puesto otro arrendador en mi lugar... y me encontré sin pan y sin recursos... Cuando pude tenerme en pié y quise pedir cuentas al asesino de mi hija, era invierno, y ya estaba en Madrid al lado de su padre y rodeado de sus poderosos parientes... Entonces abandoné la aldea y vine hácia esta parte de la provincia, en donde la buena señora Cecilia me dió pan y acomodo.

—Consúelese Vd., pues, con la seguridad de que no le faltarán uno y otro mientras viva, dijo la bondadosa anciana: es Vd. bueno y honrado, y cuando yo muera, aquí quedarán mis hijos.

—Gracias, señora Cecilia, dijo el anciano, cuyo rostro venerable, á pesar de estar bañado en lágrimas, habia recobrado su habitual expresion de bondadosa alegría: tengo la certeza de que mi Teresa está en el cielo, porque ella, no obstante el engaño de que fué víctima, era honrada... sí, muy honrada, puesto que pensó casarse como Dios manda.

El tio Melchor tenia uno de esos caractéres en los cuales el dolor no alcanza á hacer muy honda mella; sienten vivamente durante algunos instantes, y luego, tranquilizados en parte por la paz de su serena conciencia y acosados por su necesidad de alegría, olvidan sus penas más hondas.

El tio Melchor pensaba en su pobre Teresa todas las noches y mañanas al encomendarla á Dios, y la recordaba tambien alguna vez en medio del dia: era todo lo que podia hacer. V

Quejas.

Benito habia quedado pensativo y cabizbajo, desde que oyó la triste historia de la hija del tio Melchor: su frente, cargada de tempestuosas nubes, se apoyaba en sus manos, en tanto que Margarita oia distraida é impaciente las amorosas palabras de Miguel.

La señora Cecilia, á cuya penetrante mirada no se ocultaba la sorda tormenta que rugia en derredor suyo, quiso conjurarla y dijo á Inés.

—Vaya, hija mia, levanta la mesa, y mientras Margarita y tú tomais la rueca y yo la calceta, Miguel nos cantará unas coplas.

—Señora Cecilia, dijo éste con una amarga sonrisa; esta noche debo tener muy mala gracia para cantar.

-¿Por qué hijo mio? pregunto la anciana.

-Estoy de mal humor.

-Quien canta su mal espanta, dice el refran; pero ¿qué haces, Inés, que te has puesto tan